

## Archivo e imaginación

Justo Serna

*Yo quisiera desde lo alto de algún monte donde fuera posible que me oyesen todas darles un consejo. Oíd, mujeres, les diría, no os apoquéis: vuestras almas son iguales a las del sexo que os quiere tiranizar; usad de las luces que el Creador os dio. A vosotras, si queréis, se podrá deber la reforma de las costumbres, que sin vosotras nunca llegará. Respetaos a vosotras mismas y os respetarán; amaos unas a otras; conoced que vuestro verdadero mérito no consiste sólo en una cara bonita, ni en las gracias exteriores siempre poco durables, y que los hombres, luego que ven que os desvanecéis con sus alabanzas, os tienen ya por suyas. Manifestadles que sois amantes de vuestro sexo, que podéis pasar las horas unas con otras en varias ocupaciones y conversaciones sin echarlos de menos, y entonces huirán de vosotras los pisaverdes y los hombres frívolos: ninguno de estos buscará vuestro trato porque perderá la esperanza de engañaros con fingidas adoraciones. Pero los sensatos, los de crianza verdaderamente buena, se hallarán bien en vuestra compañía; os respetarán, os estimarán. Tendréis la gloria de reformar las costumbres haciendo amable la virtud; irá decayendo el lujo; vuestro ejemplo hará moderados a los hombres, vuestros maridos os amarán y apreciarán, vuestros hijos os venerarán, vuestros hermanos se tendrán por dichosos con vuestro trato; viviréis felices cuanto cabe en el mundo, y moriréis con la gloria de dejar una posteridad virtuosa.*



Mónica Bolufer

La vida y la escritura en el siglo XVIII.  
Inés Joyes: Apología de las mujeres.  
Valencia, PUV, 2008, 332 págs.

INÉS JOYES

Una historiadora, Mónica Bolufer, comienza a investigar sobre un personaje aparentemente secundario, menor: una mujer de origen irlandés en la España del Setecientos. Se atiene en exclusiva a lo que puede consultar en libros, en manuscritos, en cartas, etcétera: en todos los vestigios que de aquella persona sobreviven. No sólo los papeles que escribió o tradujo, sino también los testimonios que sobre su figura otros dejaron. Son versiones congruentes o contradictorias, difíciles de casar: no son pie-

zas que encajen fácilmente. Pero esa historiadora no se rinde: en su ambición más erudita espera completar lo que de entrada es enigmático o insuficiente. Ese anhelo la anima y así consume sus horas consultando legajos...

Cualquier historiador puede imaginarse en esa circunstancia. Sentados al pupitre, esperamos el legajo. Qué palabra tan prometedora para los investigadores. Cuando acudimos a un archivo por primera vez, aquello que inicialmente nos sirven es eso: un legajo añoso, con un tapiz polvoriento. Desanudamos cuidadosamente las cintas rojas que luego seremos incapaces de atar igual, abrimos las tapas de cartón, se desprenden ácaros y restos de papel. ¿Y qué encontramos? Expedientes. Cada uno de ellos es información y es enigma. ¿Por qué están en ese atadajo y qué relación tienen entre ellos? Un legajo

siempre es una suma de posibilidades. Un hallazgo imprevisto nos da nuevas pistas y, a la vez, ahonda nuestras ignorancias. También es, por tanto, una suma de datos inconexos, de documentos cuyo significado desconocemos. Podríamos inventar, pero no, no debemos hacerlo: esa felicidad está reservada al novelista. ¿Qué hacemos, pues? Imaginar documentadamente.

Mónica Bolufer inicia un tanteo. Por ejemplo, el nombre propio es el punto de partida. ¿Quién es esa mujer que ahí firma, esa que suscribe? Puede tomarla como un dato serial y finalmente anónimo, como un número más de una totalidad más vasta; o puede tomarla como un enigma a descifrar. En la microhistoria, el observador emprende una pesquisa a partir del nombre que rotula una identidad de la que casi todo se ignora. Ese dato menor es un indicio que ha de llenarse de significado, un cabo que nos lleva a otros datos: con ellos forma una totalidad que debe ser reconstruida con los

propios documentos del archivo y con los conocimientos históricos previos, esos que nos han proporcionado los colegas, los predecesores. ¿Se trata de hacer una biografía? No exactamente. Se trata de documentar una acción humana que ha dejado huella y que tiene un determinado sentido para el actor y para los espectadores.

La investigadora comienza a rastrear las huellas de una antepasada en su contexto, con motivaciones que no son las suyas, con una identidad que sólo en parte conocerá: comienza a analizar esas acciones. ¿Cuál es el error que puede cometer? La presunta o excesiva familiaridad con la investigada, la supuesta transparencia de la persona observada. Carlo Ginzburg nos advirtió contra ese riesgo o fatalidad:

Bisogna superare l'idea illusoria che il rapporto con i testi o con le persone sia facile: la trasparenza è un inganno. Il primo aiuto forse ci viene dalla nozione di straniamento, che è stata evocata prima: un atteggiamento che ci fa guardare a un testo come a qualcosa di opaco. È un atteggiamento che può essere spontaneo; più spesso, è il frutto di una tecnica deliberata: non capire un testo come premessa per capirlo meglio, non capire una persona come premessa per capirla meglio. Diffido profondamente delle metodologie che trapassano i testi come un coltello taglia il burro. La loro apparente potenza è illusoria.

Mónica Bolufer no lo comete. Esta historiadora ha escrito un volumen versado y sutil en el que evita la cómoda transparencia. Lo dedica a Inés Joyes, una dama burguesa del Setecientos... Y el resultado es preciso y entretenido. Habría que felicitar a la autora. Aunque, ahora que lo pienso, no habría que hacer tal cosa. ¿Por qué deberíamos alabar a quien sigue una norma que es de obligado cumplimiento para todo investigador riguroso? Decía E. H. Carr en *¿Qué es la historia?* que, entre historiadores, la precisión es un deber, no una virtud.

Mónica Bolufer obra como debe: con precisión virtuosa, podríamos decir. Obra correctamente cuando delimita su objeto, cuando consulta un repertorio docu-

mental ingente, cuando escribe un texto depurado y elegante, cuando administra su información con intriga adecuada, con una trama narrativa en forma de pesquisa. No da por obvio al personaje y, por tanto, no sigue «metodologie che trapassano i testi come un coltello taglia il burro», por decirlo otra vez con Carlo Ginzburg.

Su libro es un homenaje a la imaginación, a la obligación de imaginar, de recrear las circunstancias concretas de un personaje: con lo que sabe y con lo que no se sabe, con lo que nunca se sabrá. Mónica Bolufer formula numerosas preguntas al archivo (en el sentido que a esta expresión le diera Michel Foucault). Se responde con prudencia, con cautela, diciendo: «podemos imaginar» o «quizá», fórmulas expresivas que no le dan pie a *sobreinterpretaciones* incontrolables, sino a conjeturas sensatas. No reproduce verosímil o probablemente el discurso de un orador, cosa que sí que hizo Tucídides en la *Historia de la Guerra del Peloponeso*; pero al igual que él no se niega el atisbo potencial de lo que efectivamente ocurrió.

La investigadora no oculta sus ignorancias y nos transmite el progreso de su indagación. Tenemos el resultado de la pesquisa como un proceso en el que un yo remoto se ve implicado y desvelado en parte. Con ello se muestran las destrezas y las limitaciones de quien averigua y pone orden en la vida de otra mujer, siempre lejana, de significado confuso.

«Non bisogna portare la cucina a tavola» ammoniva da qualche parte Lord Acton. Abbiamo cercato de trasgredire il più possibile questo precepto d'etichetta storiografica», decían Carlo Ginzburg y Adriano Prosperi en *Giochi di pazienza*. Más aún:

Anziché un pollo arrosto con contorno di patate fritte il lettore si troverà sul piatto un pollo vivo e starnazzante, provvisto di penne e barbigli; fuor di metafora, non una recerca rifinita e compiuta ma gli andirivieni della ricerca, le false piste seguite e scartate prima di arrivare al

risultato ritenuto accettabile. Ci auguriamo che tutto ciò no risulti «indigesto»...

Mónica Bolufer se esfuerza por llevar «la cucina a tavola»: se esfuerza por mostrarnos los «andirivieni della ricerca»: una investigación que debe arrojar luz sobre la vida oscura, de una mujer singular y a la vez previsible, lectora, traductora y escritora.

Todo en este libro es sugerente: hasta la cubierta: *Femme Lisant* –o, según figura en el registro del Metropolitan Museum of Art de Nueva York, *Woman Reading in a Landscape*– es una célebre pintura debida a Jean-Baptiste-Camille Corot. Está fechada en 1869. No es el único óleo en que este artista retrata a mujeres lectoras: damas que están leyendo o que acaban de interrumpir la lectura, quizá llevadas por una ensoñación, por los efectos de la página impresa. Hay letras, caracteres y palabras, pero hay imágenes y expectativas que se activan conforme las mujeres se aventuran; o hay decepciones, tal vez la confirmación de una vida monótona, rutinaria... Este célebre cuadro sirve de cubierta al libro de Mónica Bolufer. Bien mirado, es un anacronismo. Pero no importa: la joven lectora del siglo XIX nos inspira para entender a la dama del Setecientos, esa Inés Joyes enigmática y previsible.

Como se sabe, la de la mujer lectora es una tradición pictórica que cobra gran importancia. Entre el Setecientos y el Ochocientos crece la lectura femenina: crece por la alfabetización, crece por efecto de la novela sentimental, crece como consecuencia de los relatos familiares. Saber leer es una de las prendas que engalanan a la joven prometidora de las familias distinguidas. Pero saber leer es también un modo de adentrarse en lo prohibido. Al decir de Honoré de Balzac, la vida privada de las naciones queda reflejada en los secretos de alcoba que los novelistas revelan en sus ficciones: él, en particular. Hay cotilleo y ganas de saber, la búsqueda de unos modelos de comportamiento y un espejo en

el que mirarse. La pose tantas veces representada en el arte, la de la dama con un libro en las manos, es una fórmula expresiva: muestra quietud, introspección, reflexión. Es un acto casi inmóvil, individual, ya silencioso, ese momento en que una mente y unos sentidos se entregan a los poderes de la imaginación lectora, a la represión de la vida exterior.

Pero volvamos a la primera dama, la que aparece en la cubierta del libro de Mónica Bolufer. Sobre el fondo de un paisaje campestre, pantanoso o fluvial, vemos a esa mujer leyendo. Decorosamente sentada, con el ánimo distraído y quizá algo ausente, embebida en esas páginas, rozando su rostro con la mano izquierda o tal vez jugueteando con su pendiente. La vemos sola. No hay nadie, al menos nadie que la rodee. Allá, al fondo, observamos la presencia de una persona que parece subida a un bote, quizá remando. Pero entre ambos no parece haber relación alguna. En todo caso, esa presencia distante acentúa la soledad de la lectora. Ignoramos quién es y qué hace allí. ¿Disfruta de un día de campo, de una expansión festiva? Pero lee...

Hagamos como ella: leamos el libro de Mónica Bolufer. Excelentemente escrito, este volumen es un ejercicio de historia cultural; es un ensayo de microhistoria; es una pesquisa detectivesca; es un estudio crítico en el que se desvelan las condiciones de la *Apología de las mujeres* (1798), de Inés Joyes; es un rastreo familiar por la España y, en parte, por la Irlanda del siglo XVIII. La lectura, la escritura, la traducción son objetos que Bolufer reconstruye contextualmente y con perspectiva, adoptando una distancia crítica. La distancia entendida como separación, como lugar, como intervalo: alguien está en un punto del tiempo o del espacio y esa posición no le permite ver bien; unas cosas están cerca, en primer plano, y otras están al fondo. Lo remoto y lo distante se desdi-

bujan o simplemente son inaccesibles y por ello no sabemos qué son. Ese observador no distingue los perfiles o los volúmenes, pues la separación geográfica o histórica hace que nada se vea con claridad. Pero incluso la cercanía de las cosas no garantiza su correcta percepción.

Los productos humanos no están aislados: pertenecen a un contexto y si los arrancamos de su marco ignoramos qué son o qué significan o cómo funcionan. El observador tiene que hacer un esfuerzo para restablecer el conjunto, el entero del que forman parte. Eso es lo que precisamente hace Mónica Bolufer. Las cosas se nos presentan como detalles de un todo, pero no siempre sabemos cuál es el todo. De hecho, más que detalles, tenemos fragmentos, pedazos. Llamamos microhistoria a la reconstrucción contextual de esos trozos.

Cuando estamos cerca de personas o cosas, habituados a ellas, se crea en nosotros un sentimiento de familiaridad. Para la observación histórica, la familiaridad no es buena: nos hace creer en la evidencia de lo dado o de lo ocurrido, como si todos los hechos fueran naturales, necesarios. Hay que mantener la distancia o como reza la locución popular: hay que guardar las distancias. Un exceso de cercanía nos familiariza. Y eso lleva a errores de percepción: los hechos humanos siempre son insólitos o, al menos, lo son si los observamos con cierta reserva o prudencia. Inés Joyes no es transparente para Mónica Bolufer: y el hecho de ser mujeres no acorta la distancia que las separa.

El pasado no es evidente: es un país extraño, por decirlo así. Las cosas que nos suenan o que creemos obvias tienen un contexto distinto del nuestro. ¿Resultado? Significan algo imprevisible o funcionan de otra manera. Inés Joyes no es, sin más, una de las nuestras. Hay en su expresión, en su escritura, en su circunstancia un residuo indescifrable, algo específico que no podemos iluminar. Por tanto, Mónica Bo-

lufier no puede tomar a Inés Joyes como una antepasada obvia, como una remota predecesora que pueda ser entendida a la primera. Habla un lenguaje que no es actual, con metáforas concretas que hoy no son habituales, imágenes de otro mundo, burgués y distinguido, que nos resultan lejanas y hasta insólitas. Y habla entre figuras tópicas, moldes estereotipados que la encasillan, marcos culturales que la definen. La tarea que se propone Mónica Bolufer es difícil, una biografía esquiva, en parte azarosa y siempre tentativa.

¿Vale la pena dedicar tanto esfuerzo a una figura oscura? ¿No se corre el riesgo de caer en la sobreinterpretación, concediendo una importancia exagerada a cualquier pequeño detalle, y también el de aventurar interpretaciones que puedan revelarse erróneas? Creo que la respuesta debe ser afirmativa en ambos casos.

Conjeturar lógicamente, reconstruir lo concreto, fundamentar lo esquivo: ésas son las tareas que Mónica Bolufer se propone y que resuelve «hasta cierto punto», según ella misma indica. Tareas que se propone y resuelve con gracia y donosura, con madurez y exactitud, con exégesis documentales y con análisis contextuales, valiéndose de fuentes y de indicios a partir de los cuales poder imaginar. El resultado es cumplido y aleccionador: una lectura festiva. ■

---

*Justo Serna es catedrático de Historia Contemporánea de la Universitat de València.*